

EcoEvangelio



Ser humildes y servir a los demás

XXXI Domingo del tiempo ordinario. 5 de noviembre.

Todo el Evangelio se podría resumir en amar, como leíamos la semana pasada; amar a Dios y al prójimo. Pero Jesús nos pide amar de una manera muy concreta: en el servicio a los demás desde la humildad. Prestemos atención al fragmento de la Palabra de Dios.

Evangelio de Mateo 22, 34-40

«Entonces Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen. Lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y agrandan las orlas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame rabbí. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar rabbí, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Mesías. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».



Para reflexionar:

- La Palabra, hoy, nos pide que seamos personas sin máscaras; es necesario despojarnos de la hipocresía típica de los que ejercen poder. A éstos Jesús los acusa de imponer pesadas cargas a las personas, de vivir en la apariencia, buscar la conveniencia de la ley para su propio beneficio, querer ser siempre los primeros y sentirse superiores a los demás.
- Si el domingo pasado Jesús nos recordaba que lo nuclear de nuestra fe es amar a Dios y al prójimo, hoy nos recuerda que solamente hay un Maestro; por lo que no es posible posicionarnos por encima de él. Todos somos hermanos; aunque nos cueste reconocer al que está lejos, al que llega de otro país, al que vive en la calle, todos somos hermanos.
- El amor a Dios no se mide en el poder sino en el servicio a todos nuestros hermanos. A veces, por miedo, confundimos los términos, y llenamos nuestros templos y vidas de elementos que, en realidad, son secundarios, incluso superfluos, constituyéndose en objetos o actitudes para dar gloria al ser humano y no a Dios ni a los más pobres.
- Como nos dice la Laudato Si', "no es fácil desarrollar esta sana humildad y una feliz sobriedad si nos volvemos autónomos, si excluimos de nuestra vida a Dios y nuestro yo ocupa su lugar, si creemos que es nuestra propia subjetividad la que determina lo que está bien o lo que está mal" (LS 224). Es necesario hacer lo que predicamos: de nada sirve que nos hayamos aprendido algunas frases de la Laudato Si', si luego nuestro testimonio es incoherente con las palabras.

Fátima Noya Varela. Santiago de Compostela, España.

Para orar:

Te pedimos, Señor, que nos ayudes a ser servidores de tu Palabra, sin condiciones, sin exigencias, sin medias tintas ni hipocresías. Te suplicamos, Señor, que siempre nos mueva el amor a Dios y a los hermanos, sobre todo a los que más lo necesitan; olvidando aquello que nos pueda desviar la atención de lo que de verdad es importante. Amén.



catequistas@iglesiadesantiago.cl